

Luis Durand.

Casa de la Infancia



ERANO, otoño, invierno, primavera... En las desteñidas lindes del tiempo que se fué, ¿dónde ubicarla mejor? ¿Azotada por los vientos de mayo que hacían crujir sus viejas maderas y chirriar melancólicamente la puerta del entretecho por donde penetraban los gatos para celebrar sus tumultuosas e iracundas asambleas? Quien sabe si en primavera, cuando los aromos de la Quinta Terpelle se cubrían con la fina y leve pompa dorada de sus flores, que se parecía a la tierna pelusilla de los pollitos recién nacidos. Entonces las golondrinas llegaban a hacer su nido en el hueco de las tejas que sobresalían de las vigas del techo y, al mediodía, formaban un rosario de cuentas negras y blancas que se columpiaban en los alambres del telégrafo. Tal vez en el verano, a esa hora de la siesta en que el pueblo se dormía, mientras los zorzales lanzaban sus cristalinos silbinos desde la copa de los cerezos y en la huerta seguían apretando su resorte metálico, las cigarras, entre el zumbido de los moscardones que se embriagaban con

el aroma del manzanillón. Aunque el otoño, también tenía su encanto. La casa se llenaba de perfumes frutales a manzanas, ciruelas, peras y duraznos de marzo. Y, ¿cómo describir el deleite de saborear uno de esos membrillos «corchos» que se guardaban en la cocina donde siempre había un grato olor a pan fresco, a la leña recién trozada a orégano y cedrón?

Aun no se habían disipado del todo las sombras de la noche, cuando se oía la campana de San Francisco, dando la primera señal para la misa de las señoras madrugadoras. Hacía ya, sin embargo, un buen rato que el viejito Rodríguez, el Guarda Equipajes de la estación, había pasado haciendo sonar el tac-tac de su bastón, sobre el asfalto de la vereda para despachar el tren de las siete de la mañana, que se despedía de la ciudad con un breve y agudo pitazo. Poco después oíamos sonar la «charrasca», de Salgado o de Anaballón, los policías que a esa hora volvían de resguardar el orden en el recinto de la estación. Si el tiempo estaba malo, el tren hacía chirriar con una especie de lamento desapacible, los rieles, en la curva del cementerio. Entonces mi madre, que ya estaba sentada en la cama, interrumpía su oración matinal para decir a media voz:

—Va a llover de nuevo. ¡Qué tiempo tan malo, Señor!

Volvía a rezar, pronunciando clara y lentamente las palabras y de pronto, alzaba de nuevo la voz para decir:

—¿Qué se habrá quedado dormida la Marcelina que todavía no la siento picar leña para el horno?

Y casi siempre, como si la oyera, desde la cocina que estaba al otro lado del jardín, Marcelina le respondía con un golpe seco al cual seguían muchos otros. Entre tanto las diucas en la calle dejaban escapar sus frescos goterones de dulzor y desde la lejanía llegaba el canto de los gallos desvaído por la distancia, a los cuales respondía la recia clarinada de los de nuestro gallinero.

Oíase después, el crujir de las puertas y ventanas que habría y cerraba Elisa, «la niña de mano» una rubia gordezuela que andaba a tropezones, pues no se podía acostumbrar a ponerse zapatos. Se había criado con zuecos con los que sus pies perdían su empecinada torpeza y adquirirían una agilidad extraordinaria. A veces quebraba un vidrio, o se le resbalaba una copa que se rompía con gran estrépito sobre el asfalto del corredor. Y, casi en seguida, oíamos la voz de mi madre que la increpaba enérgicamente:

—¡Manos de hacha, manos de hacha! ¿Qué es lo que quebraste, muchacha?

—Si no jué ná, señora. Era una copa qu'estaba clisá...

—¡Cuando no, pues! Para ti todas las copas están trizadas. A ti debía trizarte la cabeza por torpe.

Elisa rezongaba entouces con gran violencia, pero nunca se entendía lo que decía. Tenía una gran facili-

dad para olvidar sus disgustos y al poco rato se le oía cantar con gran entusiasmo:

A un San Cristo de acero
mis penas yo le contaba,
como seridan de grandes,
¡vida mida!
que el Santo Cristo lloraba . . .

En el cuarto de vestirse, mi madre peinaba a mis hermanas, para que no se atrasaran en su salida al colegio. Y casi siempre las dos asomaban sus caras llorosas, protestando porque les hacía el «chape», que eran dos trencitas amarradas con una cinta, un poco más arriba de la nuca.

—¡Pero, mamacita, si ahora no va nadie con chape a la escuela! ¡Todas las chiquillas se rien de nosotras! Mi madre indignada, les respondía.

—Serán muchachas de los cuartos, las que van con las mechass encima de los ojos. Pero no creo yo que una niña decente, pueda ir a su colegio con su pelo en desorden. ¡A tomar desayuno!

Pero las muchachitas empecinadas seguían llorando y tironeándose los «chapes», aunque sin atreverse a deshacérselos. Desde el patio llegaba la canturria de Marcelina llamando a las aves al corral, con su fuente llena de granzas, apoyada a la cadera.

—Tique, tique, tique . . .

Y entonces corrían atropelladamente los pollos y los pavos, estrechados con las gallinas que cacareaban ale-

grememente. Los patos daban pequeños volidos para no quedarse atrás en aquel tumultuoso desfile. Marcelina iba sembrando el suelo de rubios granos. A veces solía llamar a mi madre para decirle:

—Estoy echando de menos a una de las flor de haba y a la collonca amarilla.

—A lo mejor se han pasado ayer tarde para el «sitio» de don Mañungo. Que vaya más rato la Elisa a verlas.

Y cuando llegábamos a la pequeña piecesita del desayuno, ya estaba allí la canasta con el pan que esparcía su grato aroma. En el medio, el brasero con su rodela, donde hervía la enorme tetera. Y en el borde, la olla de la leche y la tetera del té. Entonces mi madre abría el aparador viejo, y sacaba mantequilla, queso de chanco, o de leche. Era este el momento en que aparecía Elisa trayendo el asado que mi madre cortaba en el mismo asador, sobre un gran azafate desde donde cada uno sacaba su parte, tibia y olorosa.

En el invierno, veíamos cómo se escurrían por los canales de las tejas, los chorritos de agua que empapaban las plantas del jardín. Nosotros sabíamos donde estaban las matas de laurentino, de jazmín del cabo, de camelias y dalias, de rosas y de hortensias, de peonías y fucsias. Pero en esos días todo ofrecía un mismo matiz de tristeza y abandono. ¡Qué distinto era en los días de primavera, cuando una fresca fragancia llegaba hasta nosotros como una plumilla sutil que nos acariciaba el rostro! ¿Cómo describir el encanto de ese

jardín húmedo de rocío, allá en las mañanas de noviembre y de diciembre, cuando los claveles se doblegaban bajo el peso de su corola, y las peonías mostraban las venas rosadas de sus pétalos que hacían pensar en la aristocracia de unas manos de princesa? Es difícil expresar el rústico atractivo de las fucsias, campanas diminutas de color rojo y morado. ¡Ah, y las azucenas con su denso perfume, virginal, que se nos venía encima como una oleada turbadora que hacía pensar en un delicioso misterio que aún no sabíamos ubicar. Es seguramente el recuerdo que dió inusitado prestigio y una belleza inexpresable, a ese camino de rosas que rodeaba el jardín. Yo nunca dejaba de aspirar el perfume de unas rosas encendidas que se nos ofrecía como una tierna llamarada por entre las rejas de madera desteñida. Más de una vez oí a Marcelina, que me gritaba desde la cocina:

—Bueno con el niño bien porfiado. ¿Qué no le ey dicho que las rosas tienen zaratanes que se entran por la nariz y hacen mucho daño?

Nunca se me entraron esos zaratanes tan perjudiciales. O es que en el jardín de aquella casa de mi infancia no existían. Pero sí, existían allí, rincones deliciosos, en los que cada día mi instinto de niño hacía un descubrimiento, en un insecto, una flor desconocida, en un aroma distinto. Cuando penetraba en él, era como si excursionara por un país maravilloso, alejado del mundo, como un reino de fantasía, cuyas recónditas bellezas sólo yo conocía. Creo que jamás, aunque a

ello me dedicara toda la vida, podría traducir la maravillosa fascinación que ese jardín tenía para mis primeros sueños.

Y otro tanto me pasaba en la huerta, donde había unas matas de culén, cuyas ramas tenían un fresco perfume que se sutilizaba en las florecillas azules. Junto al cerco estaban las matas de alcachofas, y en los rincones había tunas erizadas, grosellas, olor a manzanilla y a poleo. Bajo las ramas de los perales, de los ciruelos y manzanos, crecían en su tiempo las habas y las arvejas. Euganchado en una rama temblaba en el aire el zarcillo de una mata de zapallo que mostraba su campana de oro donde después crecerían sus frutos enormes. Era una delicia tenderse bajo las ramas de un pequeño guindo rechoncho, y sentir el débil rumor de ese pedacito de tierra, con sus grillos y sus insectos pequeñitos que iban en viaje apresurado por todos lados: rojos, verdes, amarillos, negros. Trabajaban con un apremio en sus diligencias, que yo no sabía explicarme. A veces, en verano, llegaba hasta ese rincón, una langosta curiosa e intrusa, que después de un rato se marchaba dando brincos descomunales.

Pero esto ocurría en los días de holganza, cuando no era necesario ir a la escuela, que también tenía su fascinación. Creo que jamás he leído un libro más hermoso que mi Silabario. Porque, ¿hay alguien que pueda olvidar aquellas maravillosas lecturas que hacían soñar, como esa que hablaba de «los niños y la luna», y la de «los pájaros cantores»?... Aún recuerdo como

empezaba esta última: «No lejos de una gran ciudad había una aldea rodeada de árboles donde cantaban los pájaros»... En algunas ocasiones nos íbamos sin deseos a la escuela. Era cuando venía doña Mariquita Sánchez, que nos golpeaba la puerta muy poco rato después que habían sonado las campanas de San Francisco. ¡Qué gusto nos daba oírla conversar en voz alta, con su vocesilla zalamera y tratando a mi madre como a una chiquilla!

—¡Cómo has amanecido, hijita! Ya estuve en misa y recé por todos ustedes. Hoy amanecí con deseos de venir a pasar el día a tu casa, pues niña. Aunque todavía no me tocaba. Pero sin alabanza, es aquí donde hallo más rico el desayuno. Créeme que en todo el pueblo no hay una mano más sabrosa para cebar mate que la tuya. Y el pan, la leche, no sé por qué los encuentro tan buenos aquí. Hijita, todavía te queda de ese charqui tan sabroso que tenías en vez pasada?

Después entraba con gran alboroto a nuestro dormitorio. Era gordita y pequeña. Traía la alfombra de arrodillarse en una mano, y su grueso rosario en la otra.

—Durmiendo hasta tan tarde, niños, por el amor de Dios. Eso les hace muy mal a la salud, porque se levantan fiambres y sin deseos de estudiar. A ver, levántense luego. Cabeza de perro, para el que se atrase. Sin contra para nadie. A la una, a las dos y a las tres.

—¡Contra para mí!—gritaba mi hermano.

—No, señor, dije que era sin contra para nadie. Si te atrasas te quedas de cabeza de perro. No hay más.

Doña Mariquita Sánchez, jamás estaba en su casa. Lloviera o tronara ella salía apenas despuntaba el día, en dirección a la iglesia. Casi nunca oía la misa entera, porque era «muy pasada de frío», según explicaba en sus conversaciones. Era la devoción lo que valía principalmente. De la iglesia se marchaba a la casa de una casa amiga, y al día siguiente a la de otra. Y así daba vuelta los meses y los años. En todas partes era recibida con gran cariño, por su simpatía, por su viva y pintoresca charla. De cada casa conversaba algo poniéndole un poquillo de sabrosa intención, pero jamás hablaba mal de la gente en forma clara y abierta. Ese día, mi madre le cedía su asiento en la pieza del desayuno. Y entonces ella, comenzaba a pedir las cosas que le gustaban.

—No me des el mate muy cargado, hijita, porque no me hace bien al hígado. Dime, ¿no te ha escrito Panchito de Concepción? ¡Tan inteligente el chiquillo! Ha de ir muy lejos en sus estudios. Ese va a ser un gran hombre ¿No? Asame ese pedacito de queso que está tan especial. Y el mate para que te digo. Como siempre, exquisito. Las niñas de Angol, ¿no han venido? Tan linda chiquilla que es esa Delmira. ¡Olorocito está este charqui, hijital! Así machacado en la piedra queda tan bueno y un poquito revolcado en el ají. A Marcelito lo he tenido un poco mal. ¡Tanto que trabaja el pobre niño!

Las chiquillas de Angol por quienes preguntaba, nuestras tías, tendrían por ese tiempo unos cuarenta años. Y Marcelito, el mejor abogado del pueblo, al cual le gustaba el vino tinto más de lo conveniente, pasaba de la cincuentena. ¡Encantadora señora Mariquita! Después de almuerzo, le decía a mi madre:

—Siempre me acuerdo de tu cama tan buena, hijita. Ven a taparme los pies, mira que ya me caigo de sueño. Yo sin mi siesta, me siento morir.

Se iba después de las «onces», arrastrando su gruesa pollera de cola, y con unos trancos menudos y rápidos. Era como una bolita negra que se iba deslizando por la orilla de la acera en dirección a su casa que quedaba al otro extremo del pueblo, cerca de un molino abandonado.

Nunca faltaba, por las noches, casi inmediatamente después de comida, la visita de la señora Delia Eyre, que llegaba con su chica y su madre, una viejita de semblante fino y aristocrático. Verla sentada con su pañuelo negro, su cabeza blanca, sus ojos azules y el rostro estilizado, hacía pensar en un viejo cuadro que representaba a una vieja marquesa de la Francia, de la época del terror impuesto por los revolucionarios de la Convención, y que ella tenía en su casa. Doña Delia era muy aficionada a la lectura y en esas veladas se leían los folletines de «El Mercurio», y novelas de Luis de Val, de Carolina Invernizio y Carlota Braeme. Otras veces, cuando la concurrencia era mayor, doña Delia, cantaba en la guitarra las canciones que

estaban más en boga por ese tiempo. «El Guitarrico», era de las más solicitadas y también el «Chiribiribín». El chico Marquez, un muchacho empleado en la Tesorería Fiscal, al que mi madre recibía con especial cariño por ser hijo de una amiga suya de la infancia, se moría por una titulada «La tirana». Recuerdo su primera estrofa:

Al lucir la aurora,
 su púrpura radiosa
 riendo la hermosa,
 llevóse mi amor.
 Gimiendo y llorando
 al pie de tu ventana,
 ¡sin que tú, tirana!
 te acuerdes de mí.

Hortensita, la chica de doña Delia, era una locuela incorregible. Siempre estaba molestando a mis hermanas que a veces le daban un pellizco o le hacían un nudo en la pollerita, que era lo que más la fastidiaba. Entonces lanzaba agudos chillidos.

—¡Abuelita! Mire como están las chiquillas aquí. Y este grito casi siempre iba a interrumpir al chico Marquez, en el momento que declama con patética entonación una poesía de Dicenta, o a la señora Delia cuando alzaba la trémula voz para decir, ¡sin que tú, tirana! que era la parte más emocionante de la canción. A veces también, ocurría que el chillido de Hortensia

rompía el momento de recogida emoción en el pasaje más culminante de la novela, o cuando el conde sorprendía en un desliz a la condesa y descorriendo la cortina de su aposento le gritaba con el semblante desencajado: ¡Adúlteral Has manchado mi honor. En estas ocasiones, las condesas siempre se desmayaban.

Después se servía el té, que era la parte más sabrosa de la reunión para nosotros. Marcelina aparecía con su delantal blanco cuyos tirantes le hacían una X en la espalda y un gran rosetón en la cintura, llevando la bandeja con la loza fina que había en la casa y que sólo se ocupaba cuando había visitas. Nunca faltaba un trozo de «torta de pluma» o dulces de hojarasca. Las visitas conversaban un ratito más, después del té, Y entonces la vieja señora Eyre daba la señal de partida. Nunca dejaba de decir:

—¡Por Dios! Ya van a ser las once. Que trasnochadoras nos hemos puesto. Esta Merceditas tiene la culpa. Con tanto cariño que nos hace...

Se despedían con gran efusión, como si fuera mucho el tiempo que había de pasar sin volver a verse. Y a la noche siguiente llegaban invariablemente a la misma hora.

Algunas veces, pasada la medianoche, nos despertaba un gran tumulto en la calle. Junto a la ventana de nuestro dormitorio casi siempre. Gritos, insultos y sonajeras de charrasca. Sabíamos bien de qué se trataba. Era Juan Pedro, un sobrino de mi madre, que se emborrachaba, formando grandes algazaras en la

calle. Solían ser tres los pacos que lo llevaban al cuartel. Pero Juan Pedro se dejaba caer al suelo, o se daba de bofetadas con los representante de la autoridad. Y sólo cuando éstos se empecinaban en llevarlo a la capacha, los arrastraba hasta nuestra casa para pedirle auxilio a mi madre:

—Tía Merceditas, tía Merceditas, favorézcame de estos bandidos que me quieren comer.

Mi madre, no podía resistir a este llamado. Tenía demasiado buen corazón para desatenderlo. Se levantaba, a medio vestir, para asomarse a la puerta y preguntar:

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por qué llevan otra vez a este muchacho? ¡Por el amor de Dios, qué cabeza tan loca! Tu padre se moriría de pena si te viera en este estado.

El viejo Salgado, con su voz chillona, tartamudeaba visiblemente borracho, tanto o más que el preso:

—Nos ha faltado, señora Merceditas. Nosotros somos la autoridá, y no permitimos que naiden nos venga a llamar pacos asoliaos. A-a-a unque sea un jutre. Va al cuartel no más.

—Déjelo aquí por esta vez,—le respondía mi madre—. Yo hablaré con Ochoa mañana.—Ochoa era comandante de la policía.—Si él lo necesita lo mandaré a darle explicaciones.

—Bajo su responsabilidá, lo dejamos, pues, señora. A su mercé no le podemos decir que no—resolvía Anabalón.

—Yo-yo-yo, no digo na-na, mi cabo—tartamudeaba Salgado. Usted es el jefe. Usted sabrá lo que hace.

Entonces Juan Pedro entraba llorando a mares, y haciendo mil promesas de regenerarse, y pidiendo a mi madre perdón por la falta cometida. Y al otro día a la hora del desayuno aparecía, silencioso, con los ojos azules, nublados de tristeza. Era un hombre alto, de barba nazarena, amplia frente y rubia cabellera tostada. Pocas veces he visto a un hombre de más arrogante figura. En una de esas borracheras, se murió de una pulmonía fulminante.

Otra veces era doña Florinda Cáceres la que daba la función. Era la señora de un agrimensor que ya se había aburrido de ella y la dejaba que se emborrachara en las ventas de la Plaza del Brasil, a donde llegaban las chichas de San Javier y Villa Alegre. Los policías se empeñaban en llevarla a su casa y ella se enfurecía, empeñada en no ir. Era un gran actriz dramática en aquellos momentos.

—¡Cómo es posible que a una señora como yo, le pongan la mano encima estos pacos inmundos! ¡Cómo si no supieran quien soy! ¡Dios mío, se me parte el corazón de dolor! ¿Qué es lo que he hecho yo para sufrir tanto?

No eran pocas las veces que recordaba a mi madre y entonces comenzaba a llamarla a grandes voces:

—Merceditas de mi alma, ven a ayudarme. Me siento enferma, triste, sola. ¿Por qué soy tan desgraciada? ¡Merceditas, no me desampares!

Pero las noches en que la entramos a la casa, apenas se sentaba en el ancho sofá del dormitorio de mi madre, cesaba en su dramatismo, para exclamar con su voz muy entera:

—Estoy muerta de sed, Merceditas. Dame un traguito por favor. Ay, si tú supieras qué penas tan negras llevo en mi alma...

Hablaba horas enteras y de pronto se quedaba profundamente dormida, abrigada con algunas mantas. Lo curioso es que cuando estaba en su juicio, jamás fué a mi casa. Por el contrario evitaba darle la cara a mi madre cuando la solía encontrar.

Mas, al lado de esas incidencias tristes o desagradables, esa casa de la infancia tenía un encanto que hacía soñar en cosas bellas, lejanas y hermosas. Un perfume que se ha quedado vagando en la fibra más íntima de nuestro corazón. Poesía, música, leyenda, alada fantasía.

Casa de la infancia, yo te evoco sintiéndome un niño. Quien sabe si como un hombre que ya sabe que no es posible volver a soñar. Recuerdo en este momento un hermoso volantín que se me escapó en una tarde de octubre para perderse en la azul lejanía. Nunca, nunca he tenido un volantín más hermoso que aquel que se me escapó para siempre.